CENTENARIO DE UN CABALLERO

Hay muchas gentes en la misa del señor San Isidro en su ermita de la pradera y hay en los caminos solitarios de la vieja Sacramental de San Isidro—donde duermen un sueño sin amaneceres de mañanas soleadas o invernizas Ventura de la Vega y Pepita Tudo, José Ortega y Gasset y la Tintero, tantas y tantas gentes—algunos que vienen a traer flores a los suyos. Pequeños ramos de claveles, de margaritas, que no van a deshojarse en el sí y el no, pero que indudablemente son eternos síes, sobre la tumba de la mujer o el hombre amado. Es un patio chico donde está la sepultura de Benigno Vega Inclán; al lado está la de los padres, Miguel y Elisa; la de Jorge, el hermano. Silencio y unas muy pocas gentes: Juárez, que viene por el duque de Luna; el señor Sánchez Cantón, Mariano Rodríguez de Rivas, que, con su fino talento—hablar de esto a los lectores antiguos del periódico es como descubrir un Mediterráneo—, ha traído muchas flores y unos claveles, e Isidra, la sirvienta antigua de don Benigno, la que un día de enero de hace ya largos años le cerrara los ojos.

Corre el viento, se doblan los cipreses, suben unos niños alegres por entre las tumbas, y Juárez lee las cuartillas del duque de Luna. Con voz de amigo emocionado va leyendo las suyas, de bella letra manuscrita, Sánchez Cantón, que luego en la intimidad habría de contarnos perfles y recuerdos del marqués de la Vega Inclán, de Jorge y de Mariano, sus hermanos. Son bonitas y hondas las palabras de Cantón y bonitas las rosas, lilas y claveles que se han puesto sobre la tumba. Un padre nuestro que inicia Cantón, que terminamos Mariano y sus sobrinos; Isidra, que anda con las lágrimas en los ojos; José Manuel Valcárcel y el señor Segú; Marino Gómez Santos y Urbano Méndez, no. Luego son las despedidas, la marcha hacia Toledo. Pinto, Parla, Illescas. Camiones turísticos, coches como fragatas, motos familiares y motos de enamorados. En Toledo hay ferias, y en la casa de El Greco, como hoy se celebra el primer centenario del nacimiento del marqués de la Vega Inclán, pionero del turismo de España, hay entrada gratis. Hay multitud en la casa, hay negros y un capuchino a la puerta pidiendo la limosna para los chiquillos pobres. Victorio Macho, maestro en escultura, lo quiere para modelo, y él, ante el olor de la buena limosna, se quiere ir ya al estudio de la Roca Tarpeya del escultor genial, en donde éste acaba de mandar al fundidor una cabeza maravillosa de Gregorio Marañón.

El artesonado de la capilla de la casa de El Greco es pura maravilla, y maravilla el San Bernardino del señor Domenico Theotocopuli, al que el poeta Icaza dedicó un soneto. Bello soneto, y al pie del cuadro Gregorio Marañón ha puesto una fotografía de aquel otro en que Joaquín Sorolla retrató un día ya lejano a los miembros de aquel Patronato de «hombres de buena voluntad» que laboraron por esta casa, por la del señor Miguel Cervantes en Valladolid, por el turismo en España. Los hombres de buena voluntad pensaban diferente, pero querían por igual a España; eran bastante conocidos, sí. Sí; se llamaban Alfonso XIII de Borbón, Ramón Mérida, Manuel Bartolomé Cossío, Archer Huntington, Joaquín Sorolla, conde de Cedillo, José Villegas y Benigno Vega Inclán. A los señores del grupo los preside una Virgencita toledana de El Greco. Ahora aquélla preside la vida de los Marañón, en Castellana, 69.

Un magnetófono sobre la mesa y otro magnetófono pura maravilla de la técnica en la cartera de

José García Mazas, que Ana Huntington, la esposa de don Archer, el de la Hispanic Society, ha enviado a España para llevarse allí lecciones de los grandes de aquí, de los grandes y de las gentes de los pueblos españoles. Gran dama Ana Huntington, que heredara del marido el amor a España, noble señora que a sus ochenta cumplidos hace esculturas y camina cada día dos millas al paso ligero de sus galgos.

Hay en la capilla viejas estatuas y cuadros del XV. Están el Alcalde toledano, el buen cardiólogo José Conde; Victorio Macho y su mujer, los Marañón, el cronista, Clemente Palencia, Jiménez de Gregorio, el catedrático; el doctor Pérez Mel, José Esteban Infantes, que habla con orgullo noble de su hermano Emilio, y Pablo Rodríguez, buen fotógrafo, que ha traído unas fotos del marqués Benigno con Poincaré y el Rey de España con el de Grecia, fotos de un archivo de la historia toledana que muy pronto va a exponer, como símbolos de los famosos que desde el tiempo de las máquinas con tripode a las superelectrónicas pasaron por la Ciudad Imperial.

Mientras se hace la hora de la sesión, Gregorio Marañón cuenta de Ciutti, el criado del marqués, que ahora tiene una churrería; de que aquél tenía un piso de 75 pesetas al mes, en la plaza de los Afligidos, al que iba a menudo a comer Don Alfonso. Todo un emocionado y bello anecdotario que un día podrá ser biografía, una biografía a la que podrán venir como materiales preciosos las cartas del pionero del turismo español a Archer Huntington, el señor que siempre le dió su mejor entusiasmo, su mejor ayuda.

Los magnetófonos ruedan; el Alcalde abre la sesión. En primera fila, el diplomático Estalella y unas bellas damas, y en segunda, atento, fijo a todo, con atuendo deportivo, Marino Gómez Santos, que tiene en su telar biografías breves para «Pueblos», biografías cuidadas y exactas, desde Celia Gámez hasta Mariano Zúmel. Clemente Palencia lee unas cuartillas de Mariano Rodríguez de Rivas. Son bonitas y ágiles, como toda su letra escrita. Nos dice cómo convocó Vega Inclán a las gentes a visitar el país, de sus obras por todas las tierras y los caminos de España. Lee ahora don Gregorio Marañón; lee para decir de su emoción de hablar en Toledo y en la casa de El Greco del marqués de la Vega Inclán. Y ahora a lo de siempre en estos casos, a anotar frases: «Benigno fué un maestro, un maestro libre que aprendió en la vida a fuerza de amarla.» «La cátedra para él era la plaza, el vagón de un tren, la mesa antes unos guisotes.» Hay el recuerdo tierno de su sombrero viejo, pingajo en los percheros, y en su cabeza, señorial chambergo. Emoción cuando dice con sencillez que «a Dios, a la madre y a la Patria hay que amarlos y servirlos con esfuerzo y en silencio.» «Era pobre, pero multimillonario en entusiasmo y generosidad.» Aplausos vivos y largos; del Museo entran las gentes a la capilla, que ahora es salón de actos. El Alcalde de la Imperial Ciudad, el señor don José Conde Alonso, con sencillez y nobleza cita a los grandes que dieron tanto a Toledo: Barres, Cossío, Vega Inclán, Marañón, y en nombre de Toledo, «novia del turismo mundial», se asocia a este homenaje del I centenario del marqués de la Vega Inclán, en nombre de Toledo recuerda su memoria, da las gracias a su sencilla grandeza. Otra vez los aplausos y luego las despedidas. En las salas de la casa de El Greco, los lenguajes del mundo; fuera, unas toledanas guapas de verdad bajan hacia las ferias, otras van hacia Zocodover por el aquel del aperitivo, por el aquel de buscar el postre, vamos, el mazapán, bien que no andemos en la Navidad, y aunque el domingo, por el tiempo, lo parecía.

Juan SAMPELAYO

"ARRIBA" 1. Julio 1958